



LA CIUDAD DEL SILENCIO

N.º 16

POR LOIS WILSON

Y THOMAS MEIGHAN

30 cts.



FORMAN, Tom

La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Diputación, 292 - Barcelona

Año I

Núm. 16

LA CIUDAD DEL SILENCIO

(THE CITY OF THE SILENT MEN, 1921)
Comedia dramática americana, interpretada por el gran

actor

THOMAS MEIGHAN

y la simpática «estrella»

LOIS WILSON

Paramount Pictures Corporation

EXCLUSIVA DE

SELECCINE, S. A.

PROGRAMA AJURIA



La ciudad del silencio

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En las riberas del pintoresco Hudson, no lejos de Nueva York, se alza el famoso presidio de Sing Sing.

Nada tiene de extraño que durante todo un siglo que esas sombrías paredes tienen de existencia, algún inocente, contra el que se acumularon todo género de pruebas acusadoras, haya ido a purgar en ellas un crimen ajeno. La historia de una de estas víctimas de la inevitable imperfección de la justicia humana constituye el asunto de nuestro relato.

Sobre la otra ribera del río, casi a la vista de las torres del presidio, estaba el hogar de la familia Montgomery, compuesta de la señora Montgomery, una viuda, y Jim Montgomery, su hijo, único apoyo y el solo consuelo de su vida.

Jim decidió, para su desgracia, buscar en la vecina ciudad un campo más extenso para su profesión de mecánico, y despidióse de su bondadosa madre, prometiéndole no olvidarla jamás.

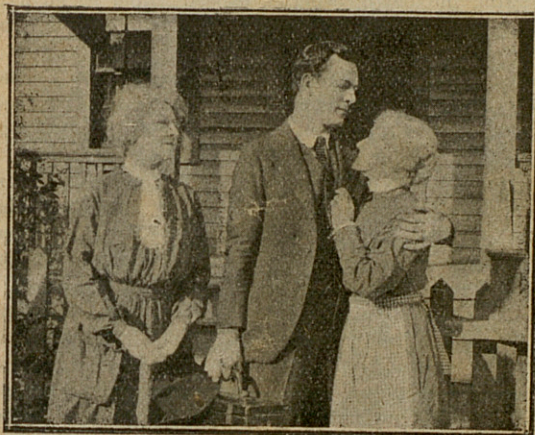
La señora Montgomery renunció a su legítimo egoísmo de madre en aras de la felicidad de su hijo, y lo alentó a salir airoso de la empresa a que se lanzaba.

—Tu madre no tiene la menor queja de ti, hijo mío, y segura está de no tenerla nunca.

—Y usted es la madre más buena que hay en el mundo.

Una vecina amiga asistió enterneada a la sentimental escena, y Jim, al momento de partir, le dijo, con agradecimiento anticipado:

—Supongo que visitará usted a menudo a mi



—Tu madre no tiene la menor queja de ti, hijo mío...

madre para animarla, señora Walker.

—Vaya usted tranquilo, Jim; su madre no queda sola.

Durante varios días, Jim buscó en vano trabajo en Nueva York; hasta que una noche, cuando ya comenzaba a creer que tendría que volver a su

pueblo completamente fracasado, fueron solicitados sus servicios por unos desconocidos que tuvieron buen cuidado de ocultarle el verdadero objeto de su trabajo.

—Espere aquí un momento. Vamos a decirle al amo que ya está usted aquí—le dijeron, al pie de la puerta de un establecimiento, llevándosele un maletín en que llevaba sus herramientas de trabajo.

Jim, inexperto, esperó... esperó... bien ajeno a la tragedia que ocurría en el interior y de la cual iba a ser protagonista.

De pronto salieron precipitadamente de la casa los bribones a quienes Jim obedeció, y éste, sospechando lo que eran, entró en ella para ver lo que había ocurrido.

Su asombro fué inmenso al ver exánime en el suelo al sereno del establecimiento, de cuya cabeza manaba sangre. La herida fué producida con un golpe de llave inglesa, una de sus herramientas.

Analizando rápidamente su situación, Jim tuvo la idea de desaparecer de allí, mas no lo hizo tan rápido que no pudiera ser detenido por la policía.

—Ya ha caído el pájaro que buscábamos. Y aquí está la herramienta con que ha matado al sereno—dijeron los que le apresaron.

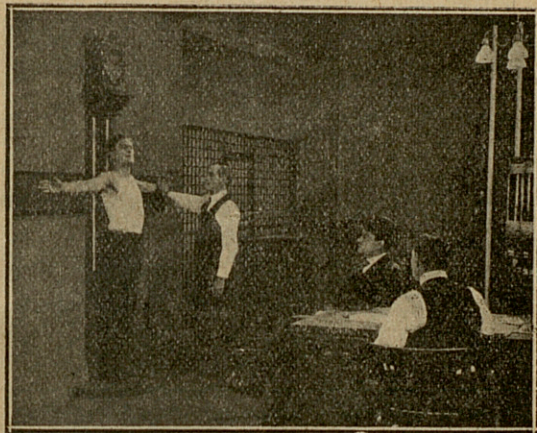
Sin que le valieran sus protestas, Jim fué marcado con el estigma del criminal y se procedió con él a la identificación dactilográfica y a las demás identificaciones y medidas antropométricas con que la ciencia criminológica le señalaba para toda su vida.

El "caso Montgomery" era, para la policía, una manifestación más de la ola de crimen comba-

tida por uno de los más famosos detectives de la ciudad, el teniente Mike Kearney.

A la mañana siguiente, Jim fué colocado, con otros criminales, en presencia de varios detectives que estudiaban las características de los que más tarde podían ser objeto de sus pesquisas.

Obedeciendo órdenes, cuando llegó su turno, Jim dió su nombre, a fin de que los detectives cono-



...la ciencia criminológica le señalaba para toda su vida.

cieran el timbre de su voz.

Y paseó por entre los mismos, enmascarados sin excepción, para que estudiaran sus movimientos.

Cuando la terrible noticia llegó a la casita de la orilla del río, la señora Montgomery no pudo

creer en la culpabilidad de su hijo, y se moría de dolor relejendo mil veces el siguiente artículo del periódico local:

JIM MONTGOMERY ACUSADO DE ASESINATO
EN NUEVA YORK

Jim Montgomery, un muchacho de la localidad, ha sido arrestado en la ciudad de Nueva York por el detective Kearney, por creérsele autor del asesi-



Y paseó por entre los mismos, para que estudiasen sus movimientos.

nato del sereno de una casa de comercio. El suceso ha causado sensación en esta localidad, donde la familia es muy conocida...

Entretanto, en su casa, a la hora de la cena con su madre, el detective estaba pensativo aún de resultados del "caso" Montgomery.

—¿En qué estás pensando, Mike? — preguntóle aquélla, intrigada por su inacostumbrado silencio.

—Estaba pensando en el asunto de Montgomery. Parece un infeliz y, sin embargo, tengo pruebas que no fallan.

—¿Es un muchacho joven? ¿Qué lástima!

—Es triste, pero no podemos dejarnos dominar por la piedad los que tenemos el deber de perseguir el crimen... Empiezan muy jóvenes...

Durante la cena, llamaron a la puerta del piso del detective.

—¿Quién será? ¿Quieres abrir, madre?

Esta lo hizo y apareció ante ella una anciana enlutada, que solicitó hablar con Kearney.

—Es una visita para ti, Mike. Es una dama... —avisó al detective su madre.

—Ya salgo—. Y a poco—. ¿Qué desea usted, señora?

—Soy la madre de Jim Montgomery... He venido de la otra orilla del río a ver a mi hijo en la cárcel... Me ha jurado que es inocente, que se trata de una equivocación.

—Por desgracia, nada es más cierto que su culpa, señora.

—¡No puede ser verdad! ¡Mi hijo es incapaz de hacer eso!

—Lo siento mucho, señora, pero todas las pruebas que tenemos le condenan.

—¡Pero si hace solamente unos días que salió de casa!

—Se debió mezclar con unos cuantos granujas de la peor calaña. Las malas compañías pueden mucho, señora... Le encontramos en el lugar del crimen, y la víctima recibió el golpe de muerte con su llave inglesa.

—¡Dios mío, ilumina a la Justicia! ¡Mi hijo no pudo hacer eso!—clamó la pobre mujer.

Y, vacilante, con el corazón roto, volvió la señora Montgomery a su triste retiro.

Después de muchas semanas de ansiedad en la cárcel, llegó el día del proceso.

Kearney se aferró a la prueba condenatoria que poseía contra el reo, y la condena de éste era inevitable.

La infeliz madre del acusado, declaró en vano a su favor, emocionando sus palabras al auditorio.

—Jim ha sido siempre el mejor hijo del mundo. No se movió nunca de casa hasta unos pocos días antes de ser arrestado. Estoy segura de que mi hijo es inocente.

Después de la sentencia, Jim, atontado por el dolor, atravesó inconsciente el puente de los suspiros.

—¿Qué han dicho? No he entendido bien—preguntó a su acompañante.

—Cadena perpetua—respondió éste.

Y Jim dejó caer su cabeza sobre su pecho...

Poco después, atado mano a mano a otro preso, llegó Jim a Ossining: la estación en que se apean los viajeros que lo son contra su voluntad.

En la larga escalera de madera que conduce a la "ciudad del silencio", el detenido que iba con él señaló a Jim el presidio y añadió con frescura:

—Allí está nuestro nuevo hogar, compañero.

Y atravesaron una puerta por la que son pocos los que salen, para desaparecer del mundo Jim Montgomery y en su lugar surgir el preso 60.108.

En la celda a que fué destinado, encontró Jim al reo Bill Hawkins, que la conocía palmo a pal-

mo, y que estaba cumpliendo la tercera condena por robo.

—¡Hola, chico!—saludó Bill a Jim.

—Hola...

—Muy tristón llegas. ¿Es la primera vez?

—Así lo han querido.

—Animo, chico... No te acobardes, que vas a tener un buen maestro.

Mientras tanto, Kearney era felicitado por su superior.

*
*
*

Pasaron meses de silencio y trabajo.

A los elogios que varias veces hizo de su conducta el director del penal, sucedió al cabo de un año de buen comportamiento en medio de su desgracia, una nueva condecoración en la manga del uniforme de Jim, junto a la que le fué concedida al entrar en el presidio por su buena conducta durante el sumario.

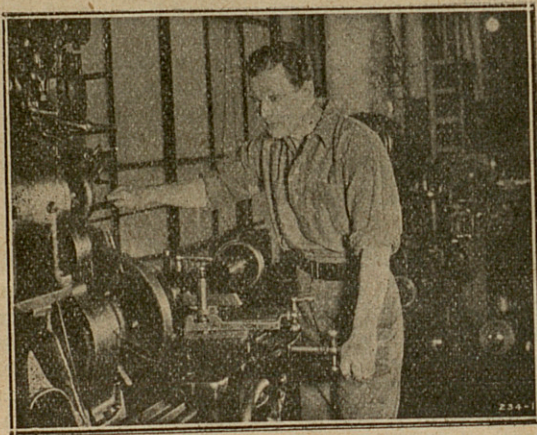
Bill, que se convirtió en amigo de Jim, le felicitó por lo bien mirado que era por los superiores, y murmuró:

—Si yo pudiese sujetarme al reglamento como tú, ya hace años que estaría en la calle... Pero eso es superior a mis fuerzas. Ya ves, porque he hablado, por signos, en los talleres, con un "camarada", me arrestan dos días. Una vez que te toman confianza, ya no te vigilan con tanto empeño, y

es más fácil escaparse. Yo, no es probable que lo consiga. Tú sí. Y cuando logres salir de esta prisión, sigue corriendo hasta que te caigas rendido de fatiga. Mientras hay libertad hay esperanza.

Jim escuchaba en silencio a Bill, y su pensamiento se dirigía, como de continuo, a su pobre-cita madre.

Por fin llególe una carta largo tiempo esperada,



Pasaron meses de silencio y trabajo.

pero estaba escrita con letra desconocida para él.

Era la vecina quien se la mandaba, en nombre de su madre, pero con algún comentario personal, como, por ejemplo, el siguiente:

Su mayor tristeza es que no se siente lo suficientemente fuerte para ir a verle. La vista le está faltando y por eso no puede escribir ella esta carta.

—¡Pobre madre mía!—exclamó Jim.

—¿Qué pasa, muchacho?—preguntó Bill—. Abre tu corazón al mío, que mucho te aprecia.

—Lee...

—Malas noticias trae este papel... pero no te aflijas demasiado, Jim. Reflexiona serenamente. Esta es una razón más para que te decidas de una vez a proyectar tu fuga.

—No me atrevo, Bill, no tengo carácter para



—Si yo pudiese sujetarme al reglamento como tú, ya hace años que estaría en la calle...

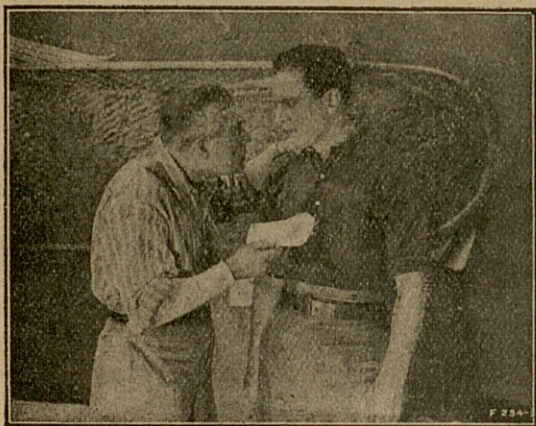
intentarlo.

—Yo te guiaré. Lo más difícil será obtener ropa para ponerte encima del uniforme del presidio... Es decir, no... Estoy en el taller de sastrería y me parece que podré birlar un trozo de tela cada vez para hacerte un traje aquí mismo.

—No quiero que te comprometas por mí.

—Tú sigue mis consejos y déjame hacer. Mira: la punta de mi dedo mide exactamente una pulgada. Voy a tomarte la medida.

Después de varios meses de continuo trabajo y ejemplar conducta, Jim fué llamado ante el alcaide del presidio, quien le dijo:



—Esta es una razón más para que te decidas de una vez a proyectar tu fuga.

—Desde mañana se hará usted cargo del taller de maquinaria, como jefe del mismo.

—Muchas gracias, señor, por tal nombramiento.

—Es un ascenso muy justo. Desde luego, usted estará ya enterado de que su nuevo cargo lleva consigo ciertos privilegios, ¿no es cierto?

—Sí, señor, y se lo agradezco nuevamente.

Tiempo le faltó a Jim para ir a enterar a Bill de su nuevo empleo.

—¡Me han nombrado jefe del taller! No deja de ser una gran satisfacción para mí.

—¡Bravo, chico! Esto va bien; mejor de lo que podíamos esperar.

—¿Por qué lo dices?

—Escucha. Esta semana se va a montar la nueva maquinaria.

—En efecto...

—Y la vieja, que ya está vendida, habrá que remitírsela en seguida al taller que la ha comprado.

—Cierto...

—Pues... ahí tienes una excelente ocasión de escapar.

—¿Tú crees, Bill?

—Estoy persuadido de que la hora de tu libertad sonará pronto. No desaproveches la ocasión cuando se te presente uno de estos días.

—¿Y mi traje?

—Esta noche te lo terminaré. Ya sabes que no puedo dar muchos puntos todas las noches, por el exceso de vigilancia que hay, pero hoy, si no ocurre nada anormal, remataré mi trabajo. Así tendrás el traje dispuesto para cuando sea.

—Ya veremos, Bill, ya veremos...

—No desalientes, muchacho, o morirás pronto consumido de pena entre estas cuatro paredes.

Al terminar el primer día del nuevo empleo de Jim, el alcaide le entregó una carta abierta—como todas—, añadiendo:

—Será mejor que se la lleve a su celda para leerla.

Preso de atroces pensamientos, Jim obedeció al alcaide, y, una vez solo en su encierro, leyó la se-

gunda carta que le enviaba la vecina de su deshecho hogar:

...y aunque le he prometido a su madre escribirle a usted una carta dándole buenas noticias, he creído que debía comunicarle que no está nada bien y que tal vez no pase de esta semana.

—¡Quiero verla antes de que muera, aunque tenga que romper las rejas con mis puños!—clamó el inocente Jim.

Bill, sorprendiéndole en tan crítico instante, le calmó, instigándole a fugarse.

—Tú saldrás si sigues mis consejos.

—¡Los seguiré, Bill!

Y, cuando la maquinaria vieja estuvo a punto de ser facturada, Jim se preparó para la gran aventura, que debía llevar a cabo aquella misma noche.

Bruscamente, se anunció un registro general, motivado por la desaparición de unas tijeras en el taller de sastrería.

Jim, por indicación de su amigo, se había puesto ya, debajo del uniforme, la americana de hombre libre, y Bill, para salvarle, se la quitó y se la puso él, debajo de su uniforme, ocultando también los pantalones en su pecho.

Y ocurrió que Bill fué descubierto como autor del robo de las tijeras para confeccionarse el traje que llevaba encima, para huir del presidio.

A fin de que no recayese la menor sospecha sobre Jim, Bill le acusó de delator.

—Me figuro que habrá sido éste quien me ha delatado... ¡El muy canalla!

—¡Silencio! Ya sabe lo que va a costarle a usted esta broma.

Jim quería hablar, pero Bill se lo impidió, y aprovechando un momento le susurró al oído:

—La maquinaria va a salir esta noche, Jim. ¡Aprovechate si quieres, largarte!

—Me pesa que te castiguen por mi culpa, amigo.

—A mí me da lo mismo. Lo que importa es que tú salgas. Escúchame, y te diré lo que tienes que hacer.

Jim no perdió palabra de las explicaciones que le daba Bill, y a la noche, después de haberse despedido efusivamente los dos buenos amigos, el primero asistía, como jefe de los talleres de maquinaria, a la salida de las máquinas viejas embaladas en grandes cajas.

Cuando sólo faltaba cargar en el carro del comprador tres o cuatro cajas, Jim logró quedarse solo en la pieza donde se encontraban dichas cajas, y entonces, sin vacilación, quitó a una la tapa y encerróse dentro.

Así pudo salir del presidio.

El ruido de las patas de los caballos y del carro al cruzar el pequeño puente, era la señal que aguardaba Jim para salir de su escondrijo y huir.

Pero no tardaron los carreteros en darse cuenta de que una caja estaba vacía, y, temiendo lo ocurrido, se apresuraron a telefonar al alcaide de la "ciudad del silencio".

Lejos estaba el director del penal de suponer que Jim se había fugado, mas hubo de inclinarse ante la evidencia, y la sirena del presidio lanzó el grito de alarma, que se oía desde muchas millas de distancia.

Acosado por todos lados, Jim se arrojó al río y nadó desesperadamente hacia la otra orilla, esquivando los disparos de arma de fuego de los celadores.

En su celda, Bill impetraba la protección del cielo para el fugitivo.

—¡Señor, Dios de bondad, soy indigno de dirigirme a ti; pero tú sabes que él es inocente y no merecé estar encerrado aquí!... ¡Haz que no lo descubran, Señor!... Yo te prometo enmendarme y no volver a ser lo que he sido, cuando salga de aquí.

Al amanecer, Jim, tras grandes peligros vencidos, se encontraba a la vista del camino que con-



Al amanecer, Jim, tras grandes peligros vencidos, se encontraba a la vista del camino...

ducía a la casita donde estaba su madre moribunda.

El amargo pensamiento de que las manos de todos los hombres estaban alzadas contra él y de que tenía que esperar la noche para poder entrar en su casa, le destrozaba el alma.

Súbitamente, con ecos glaciales, tañeron las cam-

panas de la vetusta iglesia, y Jim, con indescriptible emoción, dirigió su vista hacia su casa, y vio detenerse un coche mortuario.

—¿Qué significa eso? ¿Mi madre muerta? ¡Oh, sí! ¡De nuestro hogar sacan ahora un féretro! ¡Piedad, Señor, piedad!

Y, agotadas sus fuerzas, Jim quedó exánime besando la tierra.

Por la tarde, Kearney, el famoso detective, recibía, en Sing Sing, órdenes del alcaide para la captura del fugitivo.

—De seguro que ha querido ir a ver a su madre, que, según usted dice, se encontraba muy enferma. En su casa le encontraré seguramente y allí iré—le dijo el detective al director del penal.

—Eso es lo que yo me había figurado, pero la han enterrado esta mañana y él no estaba allí—respondió el alcaide.

—Entonces, él no lo sabe aún. Cuando se haga de noche irá a su casa, y caerá en mis manos.

—A ver si lo consigue usted. Esa captura le valdrá a usted una buena recompensa.

—Aunque cambiara de personalidad, como yo consiga obtener su impresión dactilográfica para compararla con ésta, él regresará conmigo—dijo luego el detective en su oficina, disponiéndose a ir en busca del evadido.

Jim, al amparo de la oscuridad, se aproximó a su casa, entró en ella con cautela, sin ser visto por nadie, antes de que el detective llegase al lugar, en "auto", con varios subalternos, y tras un momento de hondo patetismo al ver el pobre muchacho el hogar vacío y el lecho mortuario de su adorada madre, en que ella expiró pensando en él hasta sus últimos momentos; así como también después de contemplar, con muchas lágrimas,

un retrato de la desaparecida para siempre, el fugitivo cambió las ropas del presidio por las suyas de antaño, y, casi al mismo tiempo que los policías llegaban, huyó a campo traviesa, sin detenerse nunca.

Y Mike Kearney se llevó chasco.

La pista del fugitivo se perdió durante muchos años, y Jim Montgomery se encontraba en un pueblo de California con el nombre supuesto de Juan Nelson.

Gracias a su inteligencia y honradez, de simple mecánico había logrado elevarse hasta el puesto de director gerente, mereciendo la más alta consideración del presidente de la Compañía propietaria de la fábrica, don Guillermo Bryant... y algo más que eso por parte de Molly, la hija de don Guillermo.

Jim, enamorado con alma y corazón de Molly, soñaba con una vida de inefable ventura, mas el despertar a la realidad era horroroso: ¡se avergonzaba de sí mismo, por su pasado!

Pero Molly, cuya única ilusión era Jim, se complacía muchos días en robárselo al trabajo para dar un paseo juntos... esperando siempre el momento psicológico que decidiera al joven a declararsele.

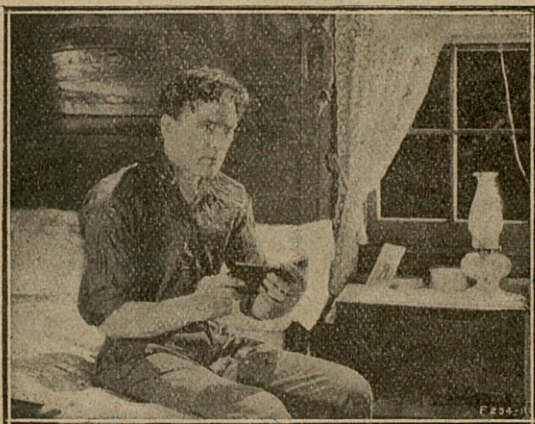
Mientras tanto, en el lejano presidio, el detecti-

ve, dispuesto aún a echar el guante al fugitivo, preparaba una celada a Bill Hawkins, el compañero de celda de Jim.

Bill fué llamado a presencia del alcaide y del detective, y así le habló éste:

—¿Cuánto tiempo le falta a usted para cumplir su condena?

Bill, más astuto de lo que parecía, respondió:



... y tras un momento de hondo patetismo al ver el pobre muchacho el hogar vacío y...

—Usted lo sabe tan bien como yo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Usted tiene seguramente noticias de Montgomery... Supongamos que usted me dice dónde está, y le perdonamos el tiempo que le falta de condena...

Bill se echó a reír a carcajadas, y dijo al celador que lo acompañaba:

—Estos detectives se creen que todos los demás somos tontos.

Irritado, Kearney mandó que Bill volviese a su celda, mas antes le amenazó, por si el reo cambiaba de opinión:

—¡Si de mí dependiera, me parece que saldrías el día del juicio final!

—Allí nos veremos los dos—contestó oportunamente Bill.

Paseando juntos, Molly y Jim vivían horas deliciosas.

Aquel día, como en los anteriores, Jim sentía la ineludible necesidad de confesar su pasión a Molly, pero la terrible amargura de no poder hablar con sinceridad ataba sus palabras en su garganta.

—¿Qué le pasa, que le veo tan pensativo?—preguntó Molly.

—Molly, quisiera decirle a usted una cosa, pero no me atrevo... ¡Es imposible!

Y Molly, resignada a esperar, atribuía a timidez la vacilación de Jim en hablar.

Pero había momentos que Jim lograba olvidar que era un hombre marcado con el estigma del presidiario.

¿Quién mejor, para lograrlo, que una agradable reunión de gente menuda, en su mayoría niñas, que festejaban aquel día el onomástico de la sobrinita de Molly?

Jim era el ídolo de los pequeños en general, y ellos el suyo.

Molly, apasionada de Jim por su bondad a toda prueba, deseaba cada vez con mayor afán conseguir el derecho de llamarle suyo, y por debajo de la mesa sus manos se juntaron...

Los niños advirtieron el lenguaje de las manos, y se rieron como si comprendiesen su significado.

Acicateados por su deseo de estar solos, Jim y Molly alejaronse parque adentro, para detenerse al pie de un árbol secular de tronco enorme.

La sobrina de Molly les siguió hasta allí, mas ellos, que necesitaban "soledad", mandaron a la niña, con cuatro mimos, a jugar con las otras.



...mas ellos, que necesitaban "soledad", mandaron a la niña, con cuatro mimos, a jugar con las otras.

Completamente solos, Jim fué para hablar... y se atragantó de nuevo.

Entonces Molly, decidida, por el amor que llenaba su alma, a vencer la supuesta timidez de

Jim, le miró a los ojos con inefable ternura, y musitó:

—Juan, ¿no comprende usted que le amo?

Jim, como arrepentido de haber provocado aquel sentimentalismo de Molly, puesto que él era quien era, curvó su cabeza hacia el suelo y suspiró.

Molly, presa de dudas acerca de una correspondencia por parte de Jim, prosiguió:

—Tal vez hubiese sido mejor no habérselo dicho... ¿Sería horrible si usted no me amase!

Jim, vencido, se abrazó con gratitud a Molly, y exclamó:

—¡Sí, te amo, Molly, te amo!

El presente había sido más fuerte que el pasado.

Pero he aquí que, en aquel instante un hombre apareció ante ellos vadeando un riachuelo.

Vestía el uniforme de los forzados.

Extenuado de cansancio, el fugitivo se arrojó a los pies de Jim y, suplicante, le dijo:

—¡Acabo de fugarme del presidio de San Quintín!... ¡Me persiguen!

Molly creía que Jim no ayudaría a aquel hombre, que tal vez era un criminal, y su asombro fué inmenso al asistir a lo contrario.

—¡Sigue corriendo hasta que te caigas de fatiga!... ¡Mientras hay libertad hay esperanza! —le dijo Jim al desgraciado, recordando las mismas palabras de Bill que alentaron su fuga de Sing Sing.

Y luego, al llegar los perseguidores, negó, con serenidad que no compartía Molly, haber visto al fugitivo, tomando la policía un falso camino.

Molly, a solas de nuevo con Jim, pareció reprocharle su conducta para con la justicia, y, él, noble como siempre, decidió no ocultar a la mujer que

le había entregado su corazón, su verdadera personalidad.

—Comprendo que he obrado mal, Molly... He pensado que ese desgraciado podía ser una repetición de mi caso... ¡Yo soy un escapado de presidio, Molly!

—¿Tú, Jim?

—Sí... Me mandaron a presidio... por un asesinato..., pero soy inocente... y no puedo probarlo.

Aquí, Jim rompió a llorar.

Esas lágrimas convencieron a Molly de la inocencia de su amado, y, echándole los brazos al cuello, afirmó:

—No necesitas probarme que eres inocente, Juan... Estoy segura que lo eres.

A la sazón, Bill era puesto en libertad.

Y Kearney, creyendo que el viejo preso le llevaría directamente al lugar donde se encontraba el fugitivo, se dispuso a no perderle de vista, a cuyo objeto telefoneó a un agente a sus órdenes lo siguiente:

—Bill Hawkins llegará a la estación del Gran Central a la una y diez. Sígame la pista.

Y Bill llegó a Nueva York como toda persona distinguida: acompañado de su *servidor*.

Pronto se dió cuenta Bill de que era perseguido, que para algo había de servirle la experiencia del antiguo granuja, e ideó un plan.

Entró en una taberna, frecuentada a menudo por él en otros tiempos.

En ella vió a otro ex presidiario, y no buscó a nadie más para llevar adelante su proyecto.

Por signos dió a entender a su compañero de infortunio que el detective que acababa de entrar en la taberna le seguía la pista.

—Ya entiendo... ¿Qué se te ofrece, hermano?— preguntó entonces, con las manos, el otro.

—Voy a irme por la trastienda. Cuando me siga, procura despistarlo.

—Entendido.

Y el plan dió el resultado apetecido: Bill perdió de vista a su perseguidor.

En vista de su nuevo fracaso, Kearney se decidió a probar otra pista que se le ocurrió a última hora, al visitar el cementerio donde reposaban los restos de la madre de Jim.

—¿Quién puso la lápida en la tumba de la señora Montgomery?—preguntó al sepulturero.

—La casa Jackson y Compañía, de Nyak.

Y Kearney meditó...

Una noche de tempestad, Molly, al momento de acostarse, telefoneó a Jim.

—¿Estás bien? No sé por qué estoy intranquila.

—Estoy perfectamente, amor mío. ¿Y tú?

—Yo también..., pero no puedo acostarme sin oírte.

—Eres un encanto de mujer, Molly.

—Y tú... mi vida, Jim.

Los hilos mandaron unos besos... y los novios se acariciaron el rostro con sus manos...

Después, Jim quedó pensativo, y miróse los dedos cuya identificación perduraría a través de los años con inquietante recuerdo.

De pronto, abrióse la puerta de la casa de Jim y entró donde él estaba un hombre.

Sorprendióse Jim al momento, mas luego sus ojos se desorbitaron y sus brazos abiertos se tendieron hacia el visitante.

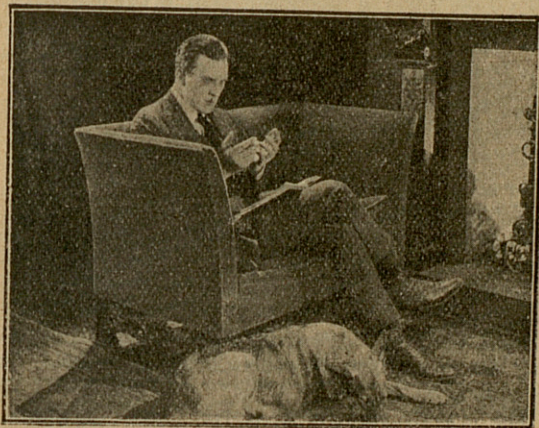
¡Era Bill!

Sabía dónde encontraría a Jim, pues éste le man-

dó una vez, con mucha discreción, sus señas, y nada más agradable para ambos que el reencuentro.

Hablaron fraternalmente, y cuando llegó el momento de demostrarse su gratitud, uno y otro rivalizaron en ella.

—No me agradezcas nada, Jim... Más te debo yo a ti: tu honradez me ha regenerado a mí. Desde



... y miróse los dedos cuya identificación perduraría a través de los años con inquietante recuerdo.

que saliste de Sing Sing soy otro hombre... Ahora voy a dedicarme a descubrir al granuja que mató al sereno, y creo que, dadas mis antiguas "relaciones", conseguire mi propósito.

—Si lo encuentras, Bill, y limpias mi nombre de esa negra mancha, te deberé tanto como la vida.

Te aseguro que no te faltará nada el resto de tu vida.

—Todo lo que haga por ti, Jim, lo haré sin más interés que ayudarte a demostrar que la justicia de los hombres ha cometido un gran error contigo.

—Gracias, mi buen Bill.



Llegó el día de la boda de Molly y Jim.

Nadie era más feliz que los novios.

El amor que se profesaban vencía los demás recuerdos.

Una nueva vida iba a empezar para ellos: vida de ventura sin fin.

Pero también llegó a la pequeña población fantasma un misterioso desconocido en aquel día de felicidad.

Ese era Kearney, el detective, quien, en contestación a la carta que él le dirigiera, había recibido la siguiente de la casa donde fué adquirida la lápida de la tumba de la señora Montgomery:

*Monumentos, Lápidas, Panteones—Jackson y C.^a
Nyack, N. Y.*

Teniente Miguel Kearney,

Oficina Central de Policía,

Nueva York.

Muy señor nuestro:

La lápida de la tumba de la señora Montgomery

fué pedida por el señor Nelson, gerente de las fábricas de tejidos de California, El Rodeo, California.

De usted atto. S. S.

L. T. Jackson.

Su llegada coincidió con el gran recibimiento que los obreros y empleados de la fábrica dispensaron a los novios, de regreso éstos de la iglesia.

Jim pronunció un discurso dando las más efusivas gracias a todos, y hasta Kearney sintió pesar, ante tanto entusiasmo, de tener que cumplir la misión que le había llevado allí.

Una agradable sorpresa esperaba a Jim en las oficinas, pues en su mesa de trabajo vió una placa de cristal con el nombramiento de vicepresidente de la Compañía con que el Consejo de Administración de la misma le honraba.

Un poco más tarde, todo el castillo de ilusiones que construyera Jim para sí y para su esposa, derumbóse al enterarse, por la tarjeta que le fué entregada por un meritorio, de la visita de Kearney, que solicitaba entrevistarse con él.

Molly palideció al comprender la gravedad de la situación..., mas Jim le dió esperanzas de salvar aquel gran peligro que amenazaba destruir sus vidas.

Y mientras Molly se reunía con su padre y su corte de honor en el despacho del primero, Jim recibió en el suyo a Kearney.

Gozándose de su triunfo profesional, éste sometió a un duro suplicio a Jim.

—¿Qué es de tu vida, Jim?

Dispuesto a fingir, el ex presidiario jugó habilidad y sangre fría.

—¿Por quién pregunta usted, señor?

—No me vengas con pamplinas. Tú eres Jim Montgomery.

—Está usted equivocado.

—¿Conque estoy equivocado, eh? Tú eres el reo 60 108, escapado del presidio de Sing Sing.

—¡¡Cómo!! Si ha venido usted aquí a insultarme, es mejor que se marche inmediatamente.

Kearney, pasmado, simuló confusión.

—Creo que me he equivocado... Lo siento mucho. A quien busco es al sujeto aludido en este papel. Lea.

Jim leyó:

DEPARTAMENTO DE PENALES
ALBANY, N. Y.

100 DÓLARES DE GRATIFICACIÓN

serán entregados a la persona que dé informes del reo Jim Montgomery, escapado del presidio de Sing Sing el día ocho de septiembre de 1919.

Crimen: asesinato.

Condena: cadena perpetua.

N.º 60.108.

Mientras Jim leía, Kearney, rápidamente, le cogió una mano para comprobar las huellas dactilográficas, y por el brusco gesto de retroceso del ex reo comprendió que en efecto él era el que buscaba.

Y le dijo:

—Dos caras podrán parecerse, pero las huellas dactilográficas nunca fallan... Si no es usted Jim Montgomery, no tiene nada que temer.

En aquel momento, procedentes de la fábrica, oyéronse unos gritos desgarradores.

Jim vió en seguida la causa: una obrera, en un momento de descuido, hirióse en las manos al apresarlas el cilindro de una máquina.

Y fué Jim quien apartó a la obrera de dicha má-

quina, entregándola a sus compañeras para que la llevaran a la enfermería.

Frente a la máquina, tuvo entonces Jim una idea, ante cuyos peligros no se detuvo en su afán de despistar a la justicia.

Sin que nadie pudiera detenerle, Jim entregó sus dedos al mismo rodillo que había herido las manos de la obrera, y pronto manó sangre de ellos sin proferir él la menor queja.

Kearney, horrorizado, arrancó a Jim del terrible sacrificio, y lo condujo, entre el asombro general, a su despacho, al que le siguió Molly, mientras don Guillermo mandaba llamar al doctor.

Jim sufría horriblemente en silencio, compensando sus sufrimientos la esperanza de que habían desaparecido para siempre sus huellas dactilográficas.

Ducho en conocer a los hombres, Kearney se inclinó ante la inocencia de Jim, y se propuso corregir su error de antaño, diciéndole, con visible emoción:

—Voy a hacer una cosa que no he hecho jamás: dejarle a usted en paz... Hay algo desconcertante en el caso de usted. Estoy moralmente convencido de que es usted inocente.

Y Molly, abrazado a Jim, llorando amargamente, agradecía la renuncia de Kearney a ocuparse más de él.

La sangre de Jim limpiaba...

Ocho días después, en la oficina del inspector de policía se recibía el siguiente parte:

Harry Hassler, famoso criminal, murió en esa después de confesar asesinato sereno almacén Nueva York hace once años. Bill Hawkins, ex presidiario, descubriólo. Alsop, Jefe de Policía.

Kearney, complacidísimo de esta noticia, pidió y obtuvo del Juez la revisión de la causa de Jim, y, pocos días después, mandó al interesado esta carta:

Le felicito cordialmente. La revisión de su causa está ya comenzada, y le remito la plantilla con las medidas antropométricas, para que usted haga de ella el uso que más le convenga.

De usted, atentamente,

Mike Kearney.

Tan grata comunicación dispó, casi simultáneamente con la curación de las heridas, la única nube que empañaba la felicidad de Molly y Jim.

El fuego del hogar devoró la plantilla comprometora, y juntos, muy juntos sus rostros y sus razones, los enamorados murmuraron palabras de cariño; y a través de las lágrimas que brotaban de felicidad de sus ojos, la voz de Molly prometía a Jim amarle tanto, tanto, que llegase a olvidar por completo sus tristezas...

FIN

Prohibida la reproducción

~~~~~  
Con esta novela exija usted la postal-obsequio de  
CHARLES RAY  
~~~~~

Este número ha sido sometido a la censura militar.

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesante novela

La Princesa de Bronce

Principales intérpretes:

MABEL J. SCOTT

MILTON SILLS

ELLIOT DEXTER

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

10 fotografías 30 céntimos

Postal-regalo: CHARLES RAY

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los viernes en toda España.

TALLERES DE LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA - BARCELONA

NÚMEROS PUBLICADOS:

N.º	TÍTULO	POSTAL-OBSEQUIO
1	Genoveva de Brabante	Viola Dana
2	Los héroes del mar	Thomas Melghan
3	El testamento del capitán Applejack	Priscilla Dean
4	La orfandad de Chiquilín	Herbert Rawlinson
5	Sin rumbo	María Jacobini
6	Una niña a la moderna	Jaqueline Catelain
7	La hermana blanca	Alice Terry
8	El Egoísmo de los hombres	Lew Cody
9	La mujer de bronce	Lillian Gish
10	El árabe (especial)	Harrison Ford
11	Esposas sin amor	Ginette Maddie
12	El ciclón	Rod La Rocque
13	La eterna lucha	Betty Compson
14	Malva	Glenn Hunter
15	Mentira amorosa	Lois Wilson
16	La Ciudad del Silencio	Charles Ray

Números corrientes: Novela y postal - 30 céntimos

Números especiales: Novela y postal - 50 céntimos

